

menso, á fin de ponerse en guardia contra cualquiera enojosa sorpresa, ó contra las asechanzas de un cazador oculto detrás de los accidentes del terreno.

Llega á tal punto su prudencia, que por precaución dos ó tres gansos se quedan siempre de centinela y no comen ni beben hasta que lo han hecho los compañeros, que han de reemplazarles en el puesto de vigilantes.

Los patos, en sus distintas variedades, que viven, si no en perfecto acuerdo, en comunidad al menos, se fijan en las orillas de vastas lagunas y albuferas profundas y descubiertas, desde donde aperciben lejanos horizontes, burlando así la maestría de los más expertos cazadores.

No se les puede tirar bien más que en ciertos casos y condiciones, como, por ejemplo, cuando el agua se hiela, cuando el viento sopla con violencia, ó cuando al amanecer ó al anochecer van de una parte á otra, doble paseo cotidiano que no dejan de dar nunca.

En las noches de calma, y á la luz de la Luna, se aventuran ciertos cazadores, dotados de maravillosa destreza, á meterse en ligeros barquichuelos, desde cuyo fondo, y echados boca á bajo, consiguen matar muchos pájaros que á aquella hora no esperan ciertamente el saludo poco agradable de que son objeto.

Á medida que el cazador se aproxima á los pájaros, redobla su silencio y sus precauciones; y si la bulla y el jaleo ocasionado por el retozo de los pájaros cesa de pronto, él se detiene también, y deja que la barca flote á merced de la marea y de la brisa. El ruido de los picotazos, de las zambullidas y de los gritos, no tarda en oirse de nuevo, lo cual prueba que los patos, tranquilizados por la inmovilidad de la barca, han recobrado de todo punto la confianza. Conviene entonces adelantar lentamente, hasta el momento en que se produce un nuevo silencio, que es señal de una nueva alarma. El cazador que se encuentra entonces á 80 metros de los patos, puede contemplar un espectáculo que revela cuán grande es la astucia de aquellos animales.

Ninguno se mueve, todos están alerta: con el cuello tieso, la cabeza levantada y el pico alto, esperando el regreso del emisario que han enviado á fin de que practique un reconocimiento. Este último, arrojando con fiereza y orgullo la responsabilidad de su peligrosa misión, avanza andando hasta situarse á corta distancia del misterio flotante y enterarse bien de lo que aquello significa. Apenas se apercibe del peligro, zambulle con la celeridad del rayo, desaparece bajo las aguas, y va á prevenir á sus camaradas de que hay moros en la costa.

En este momento el cazador no tiene ni un segundo que perder, y hace fuego inmediatamente, y por lo común con gran resultado, porque apunta á un grupo donde hay muchos patos juntos.

Si citamos este sistema de caza, que no nos agrada por los puntos de semejanza que tiene con la furtiva, es porque nos ha parecido determinar un pormenor característico de las costumbres de ciertos animales, que viven en sociedad, unidos de cierto modo por un pacto tácito que les hace solidaria y mutuamente responsables, ya para procurarse el bienestar, ó bien para conjurar el peligro que les amenace.

El paso, como hemos indicado anteriormente, se verifica dos veces al año.

Los patos llegan aquí, procedentes del norte, á fines de octubre ó en la primera quincena de noviembre, precedidos seis semanas de los fulcas, que empiezan á verse en la luna de setiembre.

Los *colverts* y las cercetas de verano son, por lo general, las clases de patos que permanecen estacionarios y no nos abandonan.

Los patos tienen la costumbre de dormir durante el día metidos entre las plantas acuáticas, hasta que viene la noche, se pone el Sol, aparece la estrella del pastor, y los tonos brillantes del crepúsculo van amortiguándose gradualmente.

¿No oís ese ruido de alas, lejano y confuso, ya grave, ya agudo, unas veces estridente y otras uniforme, que sigue de cerca al grito desagradable de la becacina?

Son los patos.

Permaneced quietos é inmóviles junto á la laguna fangosa donde han dejado huellas inequívocas de su permanencia.

¡Qué estruendo y qué algarabía!

Es que los pájaros nos saludan desde una altura cuya elevación ha sido medida y calculada por la prudencia.

De pronto se oye un vuelo pesado y lento: es el del *colvert* y el de su hembra, rey y reina de los palmípedos. Admiramos la gallardía de sus movimientos y los reflejos metálicos de su plumaje, y luego ¡fuego en ellos sin compasión alguna! que no hay bocado que iguale á lo nutritivo y succulento de su carne.

## II

Entre los recuerdos que conservamos como cazadores, se halla el del primer pato que dió principio á la suma de palmípedos que hemos tenido ocasión de matar en



DISPUTA DE RIVALES, FOR BELLECROIX.

nuestra vida. Las circunstancias que concurrieron no han quedado ocultas en la sombra como las de tantos crímenes célebres, porque las referimos en familia á

nuestros amigos, algunos de los cuales no cesan de reirse aún cuando las cuentan.

En aquella época teníamos diez y seis años, la edad



Caza fluvial.

de las ilusiones. El invierno de aquel año había sido muy rigoroso: los estanques se habían helado, y sólo los arroyos que estaban más próximos á nuestra casa de campo se mofaban aún de la temperatura, conti-

Tomo III.—Caza mayor y menor

nuando su carrera tranquila por el valle. Muchas veces, durante nuestras cacerías, habían apagado nuestra sed estos preciosos arroyos, entre los cuales el más abundante de agua trazaba caprichosamente su lecho

68